

COLECCIÓN CRISTIANOS DE HOY

La noche en que fue entregado

JESÚS EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

RAFAEL PARDO FERNÁNDEZ



COBEL EDICIONES

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN	7
II. LA AGONÍA DEL AMOR	19
1. AFUERA	19
2. AQUÍ Y ALLÁ	29
3. SI QUIERES	41
4. MÍO, TUYO	50
III. LA VICTORIA DEL AMOR	63
1. SILENCIO	63
2. LEVANTÁNDOSE	75
3. LADRÓN	85
4. YO SOY	93
IV SELECCIÓN DE TEXTOS	103
<i>SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA</i>	109

Getsemaní es un pasaje de la Escritura hermoso y muy profundo. A lo largo de los siglos, la tradición cristiana ha leído Getsemaní desde diferentes perspectivas. Todas ellas se complementan precisamente porque todas ellas contienen algunas limitaciones. Merece la pena repasar muy brevemente tres de los principales modos de lectura que se han dado sobre esta escena, tanto para conocer algunas reflexiones de la tradición católica como para entender mejor las meditaciones que se ofrecen en estas páginas. El lector puede prescindir de esta introducción, en cualquier caso, sin que afecte a la comprensión global de esta obra.

Getsemaní como “problema”

Desde el siglo II al s. VII, los santos Padres tuvieron que enfrentarse a diferentes clases de herejías que, o bien negaban la verdadera Divinidad de Jesucristo,

o bien negaban su verdadera Humanidad. Muchos herejes veían en la escena del Huerto un hecho que manifestaba de manera incontestable que Jesús no era verdadero Dios: ¿cómo puede ser que Dios sufra la angustia y tenga miedo a la muerte? Otros herejes, por el contrario, defendían con tal tesón que Jesucristo era Dios que terminaban por olvidar que también se encarnó y fue verdadero Hombre: por este camino, terminaron por negar que Jesús padeciera *realmente* en Getsemaní, explicando que el sufrimiento de Jesús fue para dar apariencia de verdadera entrega y verdadera Humanidad.

Los Santos Padres se esforzaron en replicar a unos y otros explicando que la agonía del Huerto no niega ni la Divinidad de Cristo ni su Humanidad.

Los textos patrísticos sobre Getsemaní suelen ser algo áridos para el lector actual precisamente porque tratan de responder sutilmente a una cuestión compleja: la relación entre la naturaleza divina y humana de Cristo, ya que ambas subsisten en su Persona divina. La cuestión que más les preocupaba fue definir *qué es Cristo* y *qué es padecer* tristeza.

Nacen así explicaciones técnicas y sutiles: por ejemplo, san Jerónimo explica que Jesús *sintió* la tristeza, pero no *consintió* en ella: “Para probar que ha asumido verdaderamente la naturaleza humana, el Señor se ha entristecido realmente, pero para que la pasión no dominara su alma, comenzó a entristecerse por la propasión. Porque una cosa es entristecerse y otra comenzar a entristecerse. Se entristecía no por

temor a la pasión –Él había venido precisamente para sufrir y le había reprochado a Pedro sus temores-, sino a causa del desventurado Judas, del escándalo de todos sus apóstoles, del rechazo del pueblo judío y de la destrucción de la desdichada Jerusalén”¹.

Este texto es importante (Santo Tomás lo recoge y lo aprueba siglos más tarde²) y también resume el sentir de muchos Santos Padres. Puede advertir el lector cierta reticencia en san Jerónimo a la hora de admitir que Jesús padeciera *realmente* la angustia: dice que Cristo quería *probar* o demostrar su Humanidad, que sintió tristeza pero no *consintió* en ella, descarta que el miedo a la Pasión que le sobreviniera fuera la causa de su abatimiento y trata de apuntar otras.

Esta explicación, que influyó durante siglos, parece chocar con la contundencia de la letra evangélica: *me muero de tristeza*³.

Cabe ahondar más en una pregunta que desconcertó a san Jerónimo y a muchos otros autores espirituales posteriores: ¿cómo se puede admitir que el Maestro sufriera ante la perspectiva de una muerte violenta cuando sus discípulos fueron mártires, e incluso aceptaron su muerte violenta de forma heroica y cantando alabanzas a Dios? ¿Cómo puede ser que el Maestro tuviera miedo y sus discípulos futuros encararan la prisión y la muerte alegremente?

1 San Jerónimo, *Comentario al evangelio de Mateo*, libro IV, *in loco*.

2 Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III, q. 15, a.6, ad.1.

3 Mc 14, 34.

Todavía en el s. XVI, santo Tomás Moro seguía tratando de responder a esta cuestión. Él, junto a otros santos Padres, apunta la respuesta: naturalmente, los mártires afrontaron la muerte con la fuerza y la gracia que el propio Jesucristo resucitado les concedía. Sin embargo, esta respuesta no lo explica todo y de nuevo surge una pregunta inquietante: ¿por qué Él pidió que se le librara de aquella hora?

La reticencia para admitir que Jesucristo sufriera realmente se reflejó en el arte cristiano: una urna funeraria de marfil, realizada en el s. IV y que se puede contemplar hoy en el museo de Brescia, nos muestra a Jesucristo de pie, sin barba, andando por el Huerto de los Olivos, sin atisbos de dolor. Casi parece un joven que está recogiendo los frutos de los árboles. Otro dato que corrobora nuestra impresión es que algunas versiones antiguas del evangelio suprimen los versículos 43 y 44 del evangelio de Lucas: aquellos que relatan cómo el Señor sudó sangre y un ángel vino a confortarlo. Se consideraba extraño y humillante tratándose de Dios.

En definitiva, puede quedar hoy ajena a nuestra sensibilidad esta lectura de Getsemaní, en la que predominan arduos tecnicismos sobre las relaciones entre la naturaleza divina y humana de Jesús, en donde se tiende a mitigar el alcance de la tristeza del Maestro, pero esta perspectiva fue muy necesaria para profundizar en las preguntas que surgen del texto y para dilucidar exactamente cuál es su sentido.

Getsemaní como “escuela”

A finales de la Edad Media y durante los siglos XVI, XVII y XVIII surgieron numerosos manuales de oración y ascética, en los cuales es corriente encontrar comentado el pasaje de Getsemaní principalmente para motivar al piadoso lector a emular el coraje y la perseverancia de Jesucristo en sus horas tristes.

La atención se centra en el contraste entre la actitud de Jesús y la del resto de personajes: Pedro, Santiago, Juan, Judas, la turba. La pregunta principal a la que tratan de responder estos autores (Fray Luis de Granada, Luis de Palma o santo Tomás Moro) es la siguiente: ¿qué podemos aprender de Getsemaní? Así, lo que hizo Jesús es presentado como lo que *debemos* hacer nosotros en situaciones de angustia: recurrir confiadamente a Dios Padre, apartarnos del mundo y retirarnos a un lugar solitario, rezar con insistencia, etc. Por contraste, los apóstoles dormidos y la turba que viene a apresar a Cristo son presentados como la personificación de los vicios y pecados que debemos evitar. Son frecuentes los reproches explícitos en este tipo de obras a los tres apóstoles íntimos de Jesús.

Una novedad de este enfoque, que queda reflejado también en el arte cristiano, es que la atención del creyente no se centra únicamente en Jesucristo sino que se analizan profusamente la actitud de todos los personajes, de manera que es frecuente encontrar

largas reflexiones acerca de Pedro, de Judas, etc. Los cuadros sobre Getsemaní pintados por Giotto, Durero, Bellini, Cosimo Roselli, Bellini, Holbein, Multscher, Johannes von Paul, el Greco y otros pintores cristianos, y las representaciones en retablos del s. XVI y XVII apenas varían: se presenta a Jesucristo en un segundo plano, generalmente acompañado por un ángel que le consuela, mientras que en un primer plano se ve a los adormilados apóstoles. En ocasiones se añade al fondo la turba que viene de camino guiada por Judas.

Esta lectura *moralizante* del Huerto de los Olivos es muy positiva porque puede ayudarnos a aprender cómo afrontar las horas de dificultad abandonándonos confiadamente en los brazos de Dios. En estas páginas ahondaremos en este tema, pero en ocasiones la visión moralizante cae en el defecto de presentar Getsemaní como un momento más de instrucción de Cristo a sus discípulos: “considera, pues, primeramente, cómo acabada aquella misteriosa cena, se fue el Señor con sus discípulos al monte Olivete a hacer oración (...) para enseñarnos cómo en todos los trabajos y tentaciones de esta vida hemos siempre de recurrir a la oración como a una sagrada ánora”, escribe Fray Luis de Granada⁴.

Esta interpretación es limitada, en primer lugar porque presenta la oración del Señor como una oración *más*, e incluso *imitable*, cuando en esa oración Jesús derramó su sangre bendita y nos redimió, cosa

4 Fray Luis de Granada, *Libro de la oración y la meditación* cap. XXI, med. 1^a.

que ningún ser humano *puede* hacer. En segundo lugar, pensar que Jesús quiso enseñar cómo actuar en momentos de dificultad excede la letra del evangelio: Jesús no reza delante de todos sus discípulos y de hecho pide a casi todos que se detengan; no todos presencian su agonía, lo cual hace dudar que Cristo tuviera la intención de enseñarles con el propio ejemplo. De hecho, según el evangelio de san Marcos, pide a ocho de ellos que se detengan: *quedaos aquí, mientras voy a orar*⁵. Es decir, ni quiere que le acompañen, ni les pide siquiera que recen –eso sólo se lo pide a sus tres íntimos-. Todavía más: les pide que permanezcan sentados, postura con la cual los judíos nunca oraban a Dios.

Getsemaní como drama y salvación

En el s. XIX, de la mano del pietismo y el romanticismo, la atención vuelve a centrarse en Jesucristo y en el drama personal que vivió durante las horas oscuras del Huerto de los Olivos. Casi todas las representaciones pictóricas de Getsemaní, entre ellas las de Goya y Hoffman, muestran únicamente a un Jesús solo, abandonado, angustiado, que sostiene un duro combate (*agonía*). Desaparecen de la escena personajes *secundarios* como Pedro, Santiago, Juan, Judas, la turba.

Respecto a los siglos anteriores, se va aceptando que Jesús *padeció realmente* y de manera voluntaria

⁵ Mc 14, 32.

la tristeza, el dolor, la angustia, el miedo. Se considera, además, que la causa principal de su abatimiento fue la sensación de abandono por parte de Dios Padre, sensación que sufrió su sensibilidad humana. Siendo Hijo desde la eternidad, no hay ninguna cosa que pudiera causarle mayor dolor que sentirse abandonado por su Padre amado.

La consideración de estos aspectos supone cierto avance respecto a las reflexiones anteriores, ya que se ajustan mejor a la letra evangélica y al conjunto de la revelación bíblica. En estas páginas profundizaremos en este aspecto. Sin embargo, centrar la atención en la intimidad de Jesús y en sus sentimientos puede limitarnos a un mero pietismo. Es importante, por tanto, encuadrar este momento de la vida de Jesús en el marco global de su vida; y su vida en el marco general de la Revelación bíblica. Getsemaní no es tan sólo *un mal rato* en la vida del Señor, ni unas horas de angustia y desesperación no queridas, ni un mero *drama* humano: la oración del Huerto es el inicio de nuestra salvación y el comienzo de un combate que ningún ser humano puede librar.

Getsemaní, con la renovación bíblica de finales del s. XIX y comienzos del s. XX (Newman, Guardini), comienza a ser visto como un drama, pero no un drama personal sino salvífico: con el sudor de sangre, Jesús comienza su Pasión voluntaria y la redención del mundo. Jesús, según el evangelista san Lucas, comienza en el Huerto su particular *agonía*, es decir, combate. Y este combate cósmico contra Satanás

y las fuerzas del mal es una lucha por el rescate, la sanación y la salvación del mundo. Eso solamente puede llevarlo a cabo Aquél que es verdaderamente Dios. Por eso el mismo Jesús dice a sus discípulos: *quedaos aquí*. Los verdaderos protagonistas de Getsemaní son el Príncipe de la Paz y el Príncipe de las tinieblas, combate que no es fruto de una imaginación piadosa pues el propio Cristo afirma cuando lo prende la turba en Getsemaní: *ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*⁶.

Getsemaní para el mundo actual

Muchos cristianos desconocen la profundidad y el significado de Getsemaní. Se percibe como una escena rara en que el Señor sufre hasta la postración, como si ya no fuera Dios de Dios y Luz de Luz. Sin embargo, Getsemaní es mucho más que todo esto: es la victoria del Amor sobre el mal y el sin sentido. Los cuatro evangelistas nos narran de una manera muy sutil y hermosa cómo la noche del Huerto de los Olivos fue una victoria total y permanente, una victoria que nos alcanza a nosotros y a nuestra vida concreta, como podremos ir comprobando a lo largo de estas páginas.

Jesucristo, que amó a los hombres y que amó su Humanidad hasta el extremo, no quiso desconocer qué es sufrir y padeció hasta el extremo. Pero su

⁶ Lc 22, 53.

pena no fue igual a la nuestra porque Él es Dios y con su dolor redimió el nuestro, de manera que ninguna angustia humana es, desde aquel momento, un sentimiento estéril y absurdo. Para nuestro mundo, lleno de hombres que viven abatidos por la depresión, la frustración y la sensación de no sentirse queridos, Getsemaní es un acontecimiento cercano y actual que tiene mucho que decirnos. El corazón humano de Jesús sabe lo que es la crisis de identidad, sabe lo que es sufrir la traición y el abandono, sabe qué es el miedo y la angustia. Si nosotros estamos pasando por una situación difícil, Getsemaní nos ayudará a rezar confiadamente a Jesús, ya que Él no desconoce nada de lo que estamos sufriendo: pasó por lo mismo y lo ha vencido. He ahí nuestra esperanza y nuestro consuelo.

Contemplaremos en primer lugar la agonía del Amor que sufre en Getsemaní, postrado de rodillas, abandonado. En segundo lugar meditaremos sobre la victoria del Amor sobre toda postración y humillación, consuelo y esperanza para nosotros. En todo momento citaremos las Escrituras para contextualizar la agonía del Huerto en el conjunto de la Revelación cristiana.

Este es el mensaje que nos dejaron los cuatro evangelistas: Getsemaní es muerte y Resurrección, Getsemaní muestra la Humanidad y la Divinidad de Cristo.

“Quien se vea totalmente abrumado por la ansiedad y el miedo que podría llegar a desesperar, contemple y medite constantemente esta agonía de Cristo, rumiándola en su cabeza. Aguas de poderoso consuelo beberá de esta fuente” (Sto. Tomás Moro, *La agonía de Cristo*, parte I).

“Sería presuntuoso en alguien que no fuera un santo o un doctor de la Iglesia comentar las palabras y acciones de Jesús, salvo que lo hiciese a modo de meditación” (John Henry Newman, *Discursos sobre la fe*, Discurso XVI).